

el monosílabo. El ministro inglés ocupaba su puesto y fingía dormir. Era el más alerta de todos; aunque no el más acertado. La discreción es la cualidad fundamental del diplomático. Por eso es, comunmente, la cualidad de que carece. Los hay que son indiscretos con la palabra y con el silencio. Los hay también que son indiscretos con el gesto y con la mirada. Reunidos, ofrecen un curioso espectáculo. Se mirán, entre sí, con cierto desdén ceremonioso. Y cuando uno de ellos habla, los demás dicen que nó con la cabeza. Si les pica la cólera, abandonan el francés y rabian en su idioma: la torre de Babel. Este refunfuña en ruso, aquél gruñe en alemán, ei otro se queja en italiano. Y el embajador, con su carácter de respetable y dignísimo decano, solicita que le pongan atención. Es de los que hablan lo que deben callar y callan lo que deben hablar. Es el hombre más indiscreto inconcebible. Más indiscreto de tarde que de mañana. Y mas todavía de noche que de tarde. El general Huerta le ha comunicado en una breve nota lo que sigue: 1º que tiene preso, por patriotismo, al presidente de la República y a sus ministros; 2º que le ruega lo participe así al Cuerpo Diplomático; 3º que también le ruega que lo haga saber a Mr. Taft; y 4º que si ello no es abuso, informe de su aventura a los "rebeldes".

UN MINISTRO:— ¡A qué rebeldes? El es un rebelde....

OTRO MINISTRO:— ¿Quiénes no son ahora rebeldes?

EL EMBAJADOR:— Esta es la salvación de México. En lo adelante habrá paz, progreso y riqueza. La prisión de Madero la sabía yo desde hace tres días. Debió ocurrir hoy de madrugada.

No cabía de gozo y se le escapaban las confidencias. Presentó la lista de los afortunados que integrarían el gabinete del general Huerta. Y no se equivocó en un solo nombre. \* Sin embargo, Huerta no era todavía presidente provisional.

UN MINISTRO:— Y ya usted avisó a Félix Díaz?

EL EMBAJADOR:— ¡Mucho antes de que Huerta me lo pidiese!

Concluyó la "sesión" y me retiré después de haber militado entre los diplomáticos del silencio. A las diez de la noche, la suerte me llevó de nuevo a la embajada. El portero, ebrio, me condujo a un corredor interior, donde otros dos ministros conversaban.

— ¿Viene usted en busca de noticias?— preguntó uno.

— ¿Y usted?

— Pues... vengo también a "eso".

Del fondo del corredor surgió Rodolfo Reyes. El traje demostraba su "procedencia". En vez de cuello, una "mascada" envolvía su garganta. Y se acercó a estrechar nuestra mano amiga:

— Quise ir en busca de asilo a la legación "de usted", me dijo, y no pude. Luego, el día del armisticio me fué más fácil reunirme con Félix en la Ciudadela.

Señalando a una puerta cerrada, allá en el principio del corredor, añadió: "Allí estamos" y dirigiéndose hacia ella, desapareció como los actores entre las bambalinas de los teatros. Transcurridos algunos instantes, el embajador vino a saludarnos.

— Queridos ministros— exclamó— ya todo está arreglado. Ahora pasarán ustedes "allá dentro".

UN MINISTRO:— ¿Y qué suerte correrá el "pobre" Madero?

EL EMBAJADOR:— ¡Oh, al señor Madero le llevarán a un manicomio, que es donde siempre debieron tenerle..

Creí que se trataba de una broma. Después, el embajador abogó por ese "fallo" sin nombre y sin precedentes.

"De nuevo solos reanudamos los tres ministros nuestra charla, esta vez, con un personaje, el senador Obregón, que no sabemos de donde salió. De las cortinas, de las ventanas, de los tapices todos, brotaban personajes como espectros. Parecía un sueño de hadas. Al-



guna varita mágica convertía en seres vivos los adornos de la embajada.

Al fin, nos invitaron a pasar al salón donde había entrado, poco antes, Rodolfo Reyes. Y se abrió la puerta que era como una "trampa" encantada. Al volver la vista, mis ojos encontraron a Félix Díaz. Estaba de pie en el ángulo izquierdo de la pequeña sala donde celebraba sus reuniones y consejos el tremendo embajador.

—¿Ese es el general Díaz?— me preguntó un colega.

—No lo conozco— respondí—pero, desde luego, es él, porque tiene rasgos fisonómicos de su tío don Porfirio.

Su aspecto era el de un hombre atribulado por las preocupaciones y por el cansancio de la brega. Vestía de paisano. Y le rodeaban algunas personas a quienes tampoco los ministros conocíamos. Entramos. Y el embajador nos presentó amablemente:

—Los ministros de Chile, Brasil y Cuba— dijo mientras avanzábamos.— El general Díaz, el general Victoriano Huerta...—añadió.—

El general Díaz nos dió la mano con frialdad. Su mirada triste, aunque hiciera por levantarla, se le caía sobre la alfombra. Revelaba ansiedad íntima, desconfianza, incertidumbre, presentimiento. A su derecha Huerta, en traje de campaña, asumía la actitud del fuerte y su chaquetón militar ocupaba ancho espacio. Oprimió la mano de cada ministro y a través de sus antiparras azules, pudimos ver las llamaradas de sus ojos.

Formamos en torno de la mesa de centro, donde Rodolfo Reyes comenzó a leer el acta de lo allí convenido. Al llegar al artículo en que se mencionaban los nombres del nuevo gabinete dijo: "Reservado" y lo pasó por alto.

—Reservado... y lo sabíamos nosotros antes que él— me dijo al oído un ministro.

Concluida la lectura, desfilaron los héroes. Huerta, rompió la marcha y se despidió, uno por uno, de los presentes. Al llegar a Félix Díaz, se detuvo. Ambos se miraron fijamente. Se hubieran devorado; y se abrazaron.

Y todos, menos los ministros, aplaudieron. El embajador exclamó:

—Muy bien, muy bien....

Uno de los acompañantes del Gral. Díaz, el diputado Fidencio Hernández, a quien no ha mucho paseara preso por la bahía de la Habana la "Zaragoza", nos pidió excusas por la brutalidad de la jornada ese día concluida:

—Oh, perdónenos usted, pero no pudo ser de otro modo.

Y Félix Díaz, entretanto, desapareció por el corredor. Se lo llevaba Mr. Wilson.

Cuando nos marchamos, el embajador, en la puerta de la calle, nos dijo riendo:

—¡Viva Félix Díaz, el ídolo de los extranjeros!

Nosotros le contestamos:

—Como usted guste, embajador.

Sólo Henry Lane Wilson imaginaba que Félix Díaz había triunfado....

## II.

*El 19 de febrero. La muerte de Gustavo Madero. Temores de que sean fusilados el Presidente y el Vicepresidente presos. El Ministro de Cuba inicia sus gestiones por la vida del Presidente Madero. Nota privada al embajador. Los padres de Madero acuden a los buenos oficios del Cuerpo Diplomático. Los ministros de España y Cuba en Palacio. Madero y Pino Suárez renuncian y deciden embarcar en el crucero "Cuba". El Ministro de Cuba en la Intendencia. Pesimismo del General Angeles.*

La noche del 18 de febrero, fué noche muy triste para quienes, amando profundamente a la patria mexicana, comprendieron que era presa del furor de la ambición. Y a las diez de la mañana del día 19, salí de casa



para observar el aspecto de la ciudad, el ánimo del pueblo y el cariz que presentaba la dolorosa situación. Atravesé, en coche, la Avenida de San Francisco (el bulevar mexicano) y las aceras, o las banquetas, como allá se dice, no daban abasto a las damas y caballeros, de todos tipos y estilos, que circulaban entre sonrientes y azorados, entre placenteros y compungidos. Como yo, también las gentes iban a caza de noticias y, formando grupos, comentaban sus impresiones, caso de ser favorables al abrazo moral de Huerta y Félix Díaz, que el abrazo material del pueblo soberano acaso lo ignore todavía. Al cabo de algunas vueltas del Zócalo a la Alameda, donde parecía acongojado el rostro de la estatua de Benito Juárez, detuve el coche en un establecimiento de tabacos, y saltado del estribo a la ancha puerta, me dirigí al mostrador de cristales. A un lado, hablaban en tono grave unas cuantas personas, y al otro, un señor de mi amistad, escuchaba con gesto solemne. De pronto el que llevaba la voz cantante, me dice:

—Señor ministro: ¿ya sabe usted lo que pasa?

Reconocí, en seguida, al súbdito alemán que, a guisa de mensajero de Félix Díaz, llevara, al Cuerpo Diplomático, ciertas proposiciones que no fueron oídas. Continuó:

—Ayer fusilaron a "Ojo Parado" (el apodo con que sus enemigos distinguían a Gustavo Madero) y hoy mismo, fusilará también al presidente....

Aquellas palabras, pronunciadas con cierto cinismo, me produjeron una sensación helada que recorrió toda mi piel....

—Pino Suárez —dijo después— ha logrado fugarse....

Me volví al dependiente y compré una caja de cigarrillos. Al salir, el amigo silencioso me detuvo con esta queja:

—¡Oh, señor ministro, fusilarán a don Pancho: son capaces de todo!

—No haga usted caso—le contesté:—lo que ese hombre dice es inverosímil....

—Aquí, desgraciadamente, lo inverosímil sería lo contrario, ministro. Me consta que a don Gustavo lo asesinaron ayer, sometiéndole antes a horrible tormento.... y si ustedes los diplomáticos no lo impiden, correrá la misma suerte el presidente....

Fuí a responderle, pero se ahogaron las palabras en mi garganta....

—¡No hay tiempo que perder, ministro, tome usted la iniciativa!

Y después de meditarlo un instante, respondí:

—Esa iniciativa corresponde al embajador, que es hoy la más poderosa influencia.

—Tómela usted, ministro, sólo usted.... afirmé mi amigo y con un apretón de manos, más afectuoso que nunca, nos despedimos.

¡Costaba trabajo convencerse de que no era aquello la ficción de una pesadilla?

Y subiendo al carruaje, ordené al cochero que me llevase a "mi legación".

Frente al monumento de Juárez, de regreso más contristado que a la ida, tropecé con el ministro Z que me detuvo.

—¿Sabe usted algo?—pregunté.

Sí.... lo que sabe todo el mundo. Que han matado a Gustavo Madero y que.... probablemente, matarán también a su hermano....

—¡Eso sería espantoso!—respondí.—¿No cree usted que podríamos proteger la vida del presidente?

—Los intereses del partido harán necesaria su muerte....

—Pero los intereses de la humanidad, que son más elevados, exigirán que su vida sea respetada....

—Si el embajador quisiera....

Yo:—¡Querrá!

EL MINISTRO Z:—¡O no querrá!

Al llegar a mi residencia, profunda agitación me



impulsaba. Aquellas palabras: "No hay tiempo que perder" vibraban en mi mente; y juzgué abominable cobardía cruzarme de brazos ante la presa desgarrada. Hice, entonces, lo más cuerdo, lo más sensato: comunicar al embajador mis informes, invitarlo a que fuera suya "la iniciativa", si mía, débil e ineficaz; brindarle el crucero "Cuba", surto en el puerto de Veracruz, para el caso, a mi entender probable, de que se acordara, con los jefes del golpe de estado, expatriar al señor Madero. Y escribí en un segundo esta "nota privada" que, momentos después, recibía Mr. Wilson:

"Legación de Cuba. —México, febrero 19 de 1913.— Señor Embajador: Circulan rumores alarmantes respecto al peligro que corre la vida del señor Francisco I. Madero, Presidente de la República Mexicana, derrocado por la revolución y prisionero del señor general Huerta.

Inspirado por un sentimiento de humanidad me permito sugerir a Vuestra Excelencia la idea de que el Cuerpo Diplomático, de que Vuestra Excelencia es dignísimo Decano, tomara la honrosa iniciativa de solicitar de los jefes de la revolución medidas rápidas y eficaces, tendientes a evitar el sacrificio inútil de la existencia del señor Madero.

Me permito rogar a Vuestra Excelencia que dispoga del crucero "Cuba", anclado en el puerto de Veracruz, por si la mejor medida fuese sacar del país al señor Madero; y, asimismo, que cuente con mis humildes servicios para todo lo relativo a dar asilo en dicho crucero al infortunado Presidente preso.

Seguro de que participa Vuestra Excelencia del mismo anhelo que yo, propio de hombres nacidos en el suelo de América, reitero a Vuestra Excelencia mi más alta consideración.

M. MÁRQUEZ STERLING.

"A su Excelencia el señor Henry Lane Wilson, Em-

bajador de los Estados Unidos de América, Decano del Honorable Cuerpo Diplomático, etc., etc."

Claro que no aludí al señor Pino Suárez porque lo hacía a salvo de todo riesgo.

En seguida me dirigí a la legación japonesa donde se hallaba refugiada la familia del presidente cautivo. En una pequeña sala interior, amueblada con el exquisito gusto de Mme. Hurigutchi, la esposa del encargado de negocios, recibían los padres y las hermanas del señor Madero la visita de algunos fieles amigos, y la de varios diplomáticos. Al verme, el señor Madero, padre, salió a mi encuentro:

—¡Qué le parece, ministro!... ¡Yo nunca tuve confianza en Huerta!

Advertí que ignoraba el asesinato de don Gustavo y expresé el sentimiento que me causaban sus tribulaciones. Y como, al cabo de breves minutos, se retiraran las demás visitas, el señor Madero me rogó, porque así lo querían él y su esposa, que presentara, a nombre de ellos, una petición al Cuerpo Diplomático.

—El señor Hurigutchi acompañará a usted. Les quedaremos eternamente agradecidos.

Y el señor Madero me entregó un documento concebido así:

"Al Honorable Cuerpo Diplomático residente en esta esta capital—Señores Ministros: Los que suscribimos, padres de los señores Francisco I. Madero, Presidente de la República Mexicana, y Gustavo A. Madero, diputado al Congreso de la Unión, venimos a suplicar a Vuestras Excelencias que interpongan sus buenos oficios, ante los jefes del movimiento que los tiene presos, a fin de que les garanticen la vida; y, asimismo, hacemos extensiva esta súplica en favor del Vicepresidente de la República, señor J. M. Pino Suárez, y demás compañeros.

Anticipando a Vuestras Excelencias nuestras más sinceras demostraciones de profundísimo reconocimien-



to y el de los demás allegados y parientes de los prisioneros, quedamos con la mayor consideración de Vuestas Excelencias, atentos y seguros servidores,

FRANCISCO MADERO.—MERCEDES G. DE MADERO.  
México, febrero 19 de 1913”.

En la Embajada estaban, con Mr. Wilson, el ministro inglés, el de España y el encargado de negocios de Austria-Hungría, un joven de gran entendimiento. Al exponer al embajador el asunto que llevábamos, no pudo reprimir una mueca de cólera... Tomó el pliego que le entregué, y después de leerlo, contestó que se oponía a que el Cuerpo Diplomático acordara nada.

—¡Eso es imposible!—me dijo, en el mismo lugar donde la víspera se abrazaron Huerta y Félix Díaz. Y reflexionándolo mejor, o intentando “recoger la mueca”, añadió:—¿Por qué ustedes no le piden directamente al general Huerta un trato benigno para los prisioneros? —Y volviéndose al de España:—Usted y el señor ministro de Cuba podrían ir a Palacio y entrevistarse con el mismo Huerta, hablando en nombre de cada uno de los ministros, pero no en nombre del Cuerpo Diplomático.

El señor Cologan, excelente persona, y dispuesto siempre a secundar a su colega yanqui, accedió. y nos pusimos en camino.

Bajo la bandera cubana, y en mi automóvil, que volaba manejado por manos cubanas, fué cosa de un abrir y cerrar de ojos el vernos frente al Palacio, entre la turba de curiosos y los pelotones de soldados. Un oficial nos condujo al entresuelo y nos hizo pasar a la sala donde veríamos al general Blanquet, héroe de la jornada, que recibía, por coincidencia, al ministro de Chile, señor Hevia Riquelme. Blanquet nos acogió amablemente y el señor Cologan hizo uso de la palabra, explicando el objeto de nuestra misión. El chileno sonreía y Blanquet, hombre de aspecto rudo, pero no desagradable, afecta-

ba tranquilidad de espíritu y... de conciencia. “¿Correr peligro la vida del señor Madero? ¡Qué absurdo! El presidente, en un principio, se negó a renunciar y esto complicaba el caso; pero cedió, al fin, a la razón.”

El ministro de Chile confirmó las palabras de Blanquet y quedamos enterados de que se habían serias y definitivamente estipulado estas bases:

1<sup>ª</sup> Respetar el orden constitucional de los Estados, debiendo permanecer en sus puestos los gobernadores existentes; 2<sup>ª</sup> No se molestaría a los amigos del señor Madero por motivos políticos; 3<sup>ª</sup> El mismo señor Madero, junto con su hermano Gustavo, el licenciado Pino Suárez y el general Angeles, todos con sus respectivas familias, serían conducidos, esa misma noche del día 19, y en condiciones de completa seguridad, en un tren especial a Veracruz, para embarcarse, en seguida, al extranjero; y 4<sup>ª</sup> Los acompañarían, en su viaje al puerto, varios señores ministros extranjeros, quienes recibirían el pliego conteniendo la renuncia del presidente y del vicepresidente, a cambio de una carta en que el General Huerta aceptara estas condiciones y ofreciera cumplirlas.

—Los señores Madero y Pino Suárez firmaron ya la dimisión que fué entregada al ministro de relaciones exteriores—dijo el señor Hevia—y aguardan por la carta del general Huerta.—Y mirando a Blanquet preguntó: “Esta hecha la carta?” Blanquet, con su habitual tranquilidad, pidió informes a un ayudante que nada sabía.

—Estarán escribiéndola en máquina—dijo Blanquet; —y giró entonces la conversación sobre el buque mercante o de guerra en que los prisioneros embarcarían.

—El Crucero “Cuba” es el más indicado—convenimos todos.—Y si ustedes no piensan otra cosa—añadió Blanquet—sería bueno que conferenciasen con el general Huerta....

Introducidos cortesmente por uno de los oficiales del estado mayor, nos encontramos en el salón de “acuerdos”, en donde mismo fué depuesto el gobierno del se-



ñor Madero. El oficial se perdió detrás de una cortina y se acercaron a saludarnos algunos personajes, entre los cuales era uno Rodolfo Reyes.

—¿Firmó Madero la renuncia?—nos preguntaron. El chileno respondió afirmativamente. Y los personajes dieron rienda suelta a su alegría mientras Rodolfo Reyes enseñaba los estragos de las balas en los adornos del salón. El oficial reapareció comunicándonos que el general Huerta dormía. Y resolvimos ir a la intendencia de palacio a ver a los vencidos. El mismo oficial nos condujo hasta la puerta. Pino Suárez, escribía en un bufete rodeado de soldados. En un cuarto contiguo, varias personas, en estrado, acompañaban a Madero, que, al vernos, desde el fondo se adelantó hasta el centinela.

—Señores ministros, pasen ustedes—exclamó—bañado de júbilo el semblante. Y nos estrechó las manos con efusión. El de España ocupó su derecha y yo la derecha del señor Cólogan.

—Estoy muy agradecido a las gestiones de ustedes—y señalándome añadió:—Y acepto el ofrecimiento del crucero "Cuba" para embarcar. Es un país la Gran Antilla, por el que tengo profunda simpatía. Entre un buque yanqui y uno cubano, me decidí por el cubano.—De allí surgió el compromiso—para mí muy honroso—de llevar al señor Madero en automóvil a la estación del ferrocarril y de allí acompañarle a Veracruz.

Pregunté la hora de salida.

—A las diez;—respondió el presidente—pero si es posible venga usted a Palacio a las ocho. Podría ocurrir algún inconveniente; y estando usted aquí le sería fácil subsanarlo.

¿Qué duda cabía de que Madero y Pino Suárez no correrían la suerte de Gustavo?

Cumpliendo mi promesa, a las ocho entraba en el despacho de Blanquet.

—Usted puede entrar solo y cuando guste a la intendencia—me dijo el general. Además, hay orden de

permitir la entrada libre a cuantos deseen despedirse del señor Madero.

Sin embargo, juzgué prudente que me acompañase un oficial, evitando así, cualquiera pérvida interpretación. Blanquet me proporcionó un oficial amable y simpático. Era Cubano. Su apellido: Piñeyro. Su grado: capitán. Pronto lo ascenderán a Comandante.

—Es usted hombre de palabra—exclamó Madero al recibirme—y ministro que honra a su nación.

El ambiente era "franco". Nada hacía presentir la catástrofe. Echado en un sillón, el general Angeles, que no quiso incorporarse al golpe de Huerta, y le tenían por su lealtad encerrado, sonreía con tristeza. Es hombre de porte distinguido; alto, delgado, sereno; ojos grandes expresivos; fisonomía inteligente; y finas maneras. Acababa de cambiarse la ropa de campaña por el traje de paisano. Era el único de todos los presentes, que no formaba castillos de naipes, en la esperanza ilusoria del viaje a Cuba. Una hora después nos declaraba en lenguaje militar la sospecha de un horrible desenlace.

—A don Pancho lo truenan....

### III

*La Intendencia de Palacio. El espejo siniestro. Lascurain presenta al Congreso la renuncia de los caídos. Las gestiones de D. Ernesto Madero. Los prisioneros piden al Ministro de Cuba que no les deje solos. Un retrato de Madero.*

Componían la intendencia tres habitaciones grandes y una chica. La primera, depósito de trastajos, servía de comedor a los cautivos. La segunda, por la cual se comunicaba todo el departamento con el patio, y era, sin duda, el despacho del intendente, fusilado la víspera, la invadían uniformes, fusiles y sables. En la puerta que



daba al exterior, un grupo de soldados charla su jerga, comiendo tortillas de maíz, que unas cuantas mestizas de pelo lacio y salientes pómulos, cocinan y sirven a la mano; en la puerta de la derecha, el centinela, bayoneta calada, parece una estampa de cartón. Es apuerta da acceso a una sala modestamente amueblada, en la que reciben sus visitas los tres caídos. En el último cuarto, el más reducido, tenía su tocador el intendente. Un gran espejo se veía desde fuera. En él, se miraban el rostro las víctimas y, después perecían en la emboscada. Se despedían de sí mismas en aquel espejo siniestro. Y al irse del marco de caoba, tardaban instantes en traspasar, para siempre, el marco de lágrimas de la vida.... En el centro de la sala, una mesa de mármol; y sobre ella varios retratos del presidente. Forman el estrado, a la derecha del centinela, seis butacas de piel oscura y un sofá. Varias sillas, del mismo estilo, regadas a lo largo de las paredes. En el fondo una ventana herméticamente cerrada. Y delante de la ventana, el "bureau de lujo" del intendente.

Madero me hizo sentar en el sofá y a mi izquierda ocupó un sillón. Pequeño de estatura, complexión robusta, ni gordo ni delgado, el presidente rebosaba juventud. Se movía con ligereza, sacudido por los nervios; y los ojos redondos y pardos brillaban con simpático fulgor. Redonda la cara, gruesas las facciones, tupida y negra la barba, cortada en ángulo, sonreía con indulgencia y con dignidad. Reflejaba en el semblante sus pensamientos que buscaban, de continuo, medios diversos de expresión. Según piensa, habla o calla, camina o se detiene, escucha o interrumpe; agita los brazos, mira con fijeza o mira en vago; y sonríe siempre; invariablemente sonríe. Pero su sonrisa es buena, honda, franca, generosa. Una sonrisa "antípoda" de la sonrisa de Taft. Era como el gesto del régimen que con él se extinguía. De pronto me enseña su reloj de oro.

—Fijese, ministro—exclama:—falta una piedra en la leopoldina.... Después, no sospechen que la robaron.....

¿Qué súbito presentimiento lo asaltaba? A grandes pasos recorrió la distancia del espejo, del cuarto contiguo, al centinela inmóvil. Acercándose de nuevo, me dijo:

—Un presidente electo por cinco años, derrocado a los quince meses, sólo debe quejarse de sí mismo. La causa es... esta, y así la historia, si es justa, lo dirá: no supo sostenerse....

Ocupa una butaca y cruza las piernas.

—Ministro:—añade— si vuelvo a gobernar a mi país, me rodearé de hombres resueltos que no sean "medias tintas".... He cometido grandes errores. Pero.... ya es tarde....

Y cortó el giro de la conversación:

—¿Qué cosa es la "Enmienda Platt"?

Después, interrumpiéndome:

—¡No se me ponga triste, ministro! No habrá Enmienda Platt, porque no rige en el corazón de los cubanos. Cuando ustedes aceptaron la Enmienda Platt no habían sido libres todavía. Pudo serles impuesta, por eso: en el camino de la servidumbre a la independencia.

Y reanudó sus paseos del espejo al centinela. Y paseando, hablaba a su tío, don Ernesto, ministro de Hacienda, que con el de Justicia, un respetable caballero, el señor Vázquez Tagle, eran las únicas visitas que no se habían marchado todavía. Repentinamente, una duda lo alarma.

—Y la carta de Huerta, ¿dónde está?

Sacudidos por un mismo impulso nos pusimos todos en pie. Don Ernesto resolvió salir a informarse.

—Convendría que la redactases a tu gusto—dijo al señor Madero— y en un pequeño block de papel, escribió el presidente varios renglones que acto seguido nos leyó. Era un "salvo conducto" en el que incluía a su hermano don Gustavo, muerto lo mismo que el intendente....

—Sabe alguno de ustedes dónde está Gustavo?— Preguntó entonces sin la menor sospecha del crimen.



—¡De seguro lo tienen en la Penitenciaría!—Si no lo encuentro en la estación para continuar conmigo, no me embarco....

Procuré disuadirle de semejante proyecto.

—Eso.... realmente, comprometería la situación. Es a usted, señor Madero, a quien hay que salvar, en las actuales circunstancias. El pobre don Gustavo.... ya veremos.

Volvió el presidente a su mansa plática:

—El crucero "Cuba" ¿es grande, es rápido? He pedido que la escolta del tren la mande el general Angeles para llevármelo a la Habana. Es un magnífico profesor del arma de artillería y acaso el presidente Gómez le dé empleo en la escuela militar.... Escríbale usted, ministro, en mi nombre; recomiéndelo. Si dejara al general aquí, concluirían por fusilarlo....

Don Ernesto, llegó con una extraña noticia:

—El señor Lascurain, ministro de relaciones exteriores, va en este momento al congreso a presentar "tu" renuncia.

Madero saltó de la butaca.

—¿Y por qué no ha esperado Lascurain a la salida del tren? Tráelo aquí, en seguida, Ernesto; que venga en el acto; sin demora, corre, tú; vaya usted, señor Vázquez, tráigalo en seguida....

Y a largos pasos nerviosamente, cerrados los puños, rectos los brazos hacia atrás, recorría la distancia del espejo al centinela, más allá del centinela.... Don Ernesto, vuelve con peores noticias. "La renuncia ya fué presentada"....

—¡Pues vé y dile a don Pedro que no dimita él la presidencia interina hasta que no arranque el tren!....

—¡Iré—contestaba don Ernesto—pero cálmate, Pancho, que todo tendrá arreglo!....

Y yo también intermedié, infundiéndole confianza en su destino.

—Llamen por teléfono al ministro de Chile—excla-

maba ansioso:—que venga a buscarnos; y traigan el salvo-conducto de Huerta.

Lentamente fué recobrando su habitual sonrisa, e inundándose de conformidad su espíritu.

—Huerta me ha tendido un segundo lazo y firmada y presentada mi renuncia no cumplirá su palabra....

El señor Vázquez Tagle salió con don Ernesto para no regresar. ¡Todo estaba ya resuelto y decidido! Momentos antes, Huerta, proclamado presidente provisional, entró en Palacio con los honores de su alta investidura. Fué el último informe que nos trajo don Ernesto, disimulando su profunda angustia. Lascurain, había evitado, a mi juicio, una matanza. Prolongó, así, tres días más, la vida de los dos mártires. Y Madero no tuvo para él, en mi presencia al menos, una palabra de reproche. Intentó que don Ernesto hablase al propio Huerta, en persona; pero Huerta, "fatigado por el trabajo" se había recogido a las habitaciones presidenciales. Flaqueaba el optimismo de Madero; Pino Suárez, temía un atentado si los dejábamos, aquella noche, solos; y Angeles opinaba que no saldrían vivos del arriesgado trance. Cada uno pretendía, sin embargo, reanimar a los demás, y bordaba, sobre simples conjeturas, la vana y deleznable explicación. Madero recorre la distancia del espejo al centinela y don Ernesto recomienda serenidad. "Es posible—advierde—que Huerta haya ordenado la salida del tren para las cinco de la mañana, como hizo, con don Porfirio Díaz, cuando lo escoltó en su fuga a Veracruz".... Y aunque no me pareciera fundada la consecuencia, la dí por lógica y evidente. "Si el señor ministro se quedara con ustedes hasta esa hora—continuó don Ernesto—apartaríamos el peligro y podría realizarse el viaje sin obstáculos". Madero, en un principio, se opuso. "¡Cómo, él proporcionarme molestia semejante, allí donde no tenía siquiera una cama que brindar".... Pero, a la vez, todos convenían en que si me marchaba, era probable una desgracia.... Irme, tomar el sombrero, tranquilamente y despedirme, "hasta la vista",



abandonándolos a la bayoneta del centinela, hubiera sido impropio de mi situación de ministro, de mi nombre de cubano, de nuestra raza caballeresca. Amparar con la bandera de mi patria al presidente a quien, un mes antes, había presentado, solemnemente, mis credenciales, era cumplir con el honor de nuestro escudo, interpretar en toda su intensidad, la misión de concordia que en aquellas circunstancias desempeñaba.

Momentos después, don Ernesto salía de Palacio, ocultándose para escapar de sus perseguidores, en la casa de un amigo. Y en seguida un oficial llegaba a la intendencia, solicitando al señor ministro de Cuba, en nombre del nuevo presidente....

—No es posible ya, esta noche, la salida del tren; y el señor presidente de la República lo comunica al Excelentísimo señor ministro, por si desea descansar.

—¿Cree usted que podrá efectuarse el viaje por la mañana?

El mensajero nada sabía; y haciendo una corta reverencia me pidió permiso para retirarse.

—No saldrá el tren a ninguna hora, dijo Madero en tono de suprema resignación. Tomando un retrato suyo, de la mesa del centro, me dijo:

—Guárdelo usted en memoria de esta noche desolada....

Y escribió:

“A mi hospitalario y fino amigo Manuel Márquez Sterling, en prueba de mi estimación y agradecimiento.

FRANCISCO I. MADERO.

Palacio Nacional, febrero 19 de 1913.”

#### IV

*El recuerdo del Intendente Adolfo Bassó. La cama del Ministro de Cuba en la Intendencia. El sueño de Madero y Pino Suárez. El centinela. Meditaciones de Pino Suárez. El desayuno. En el sudario de Gustavo.*

Era la una de la mañana.

Diez y nueve días antes, precisamente a esa hora, había yo salido de ese mismo Palacio, alegre y contento, después de un banquete servido con la vajilla de oro del Emperador Maximiliano; y el intendente, hombre de elevada estatura y cierta distinción, don Adolfo Bassó, hacía los honores, en la escalera, a las damas y personajes que desfilaban por el patio, subiendo a sus coches y automóviles. Si entonces algún agorero me hubiera profetizado la dramática escena de la noche del 19 al 20, le habría tomado por un loco. Si nos fuese permitido contemplar a través de los misterios del horizonte, el curso futuro de la vida, pensaríamos que una mano divertida y cruel juega con los destinos del hombre. Descienden de sus tronos los reyes y se elevan, y mandan y tiranizan, los vasallos; el rico empobrece; del pobre se forja un potentado; y barajando como naipes, voluntades y apetitos, hay un azar que pone, en estas manos, los triunfos de la partida, y en aquella coloca los descartes. El intendente, que me despedía, doblando la cintura, en el último escalón, ignoraba que pronto doblaría la esquina de otro mundo, más allá, y que esa era, fatalmente, su postrera despedida en el último escalón de la existencia. Huerta, en algún “bar” de las inmediaciones, bebía, seguramete su tequila, tres semanas antes de dormir, en Palacio, su primer sueño de presidente, sin el derecho y sin la tranquilidad de conciencia de Madero, que, en estos momentos inolvidables, de tres sillas hacía cama para el ministro de Cuba, rogándole que se acostara. De una maleta.



marcada con las iniciales de Gustavo, sacó varias frazadas y mantas que suplieron sábanas y almohadas; revelando Madero, en el semblante, la gracia de quien afronta, dichoso, las peripecias de una cacería en la montaña profunda. El general Angeles, agazapado en su capote militar, se retiró al que fué despacho del intendente; y Pino Suárez, riendo, tuvo ánimo para esta frase: "Ministro: jamás pensó usted hallar en la diplomacia lecho tan duro...."

—El tiempo lo ablandará en la memoria—interrumpió Madero.—¡Y, por Dios, Ministro, no informe usted a su gobierno de que, en México, necesitan los diplomáticos andar con la cama en "la bolsa"!....

Me quité la chaqueta, la corbata, el cuello, los tirantes....

—¡Vaya que es desarreglado este cubano—exclamó Madero,—recogiendo del sofá aquellas prendas y doblándolas prolijamente. Era un rasgo de su carácter el orden, la simetría, la regularidad. Y comenzó a desnudarse como en su alcoba del Castillo de Chapultepec. Iba de un lado a otro acomodando las cosas y disponiendo los muebles que hacían de colgantes. De repente, soltó la carcajada: "Pero, ministro querido, ¿va usted a dormir con zapatos?" Y me descalcé, disimulando el proyecto, adecuado a las circunstancias de estar despierto. Frente a nuestra cama a dos metros de distancia, improvisó Madero la suya; y se tendió ella como Apolo, según Moratín, "en mullido catre de pluma". Envuelto en la frazada blanca de Gustavo, apenas le quedaban visibles los ojos, simulando una figura morisca. Pero al contacto de la ropa de Gustavo, como si el muerto le apretara entre sus brazos se incorporó en el "mullido catre de pluma" apartando, nerviosamente, aquella "funda": "Ministro—exclamó, ahogado por la súbita emoción—yo quiero saber donde está Gustavo...." Y en este instante, desde fuera, apagaron los guardias la luz, desbordándose en el recinto las tinieblas. La ventana del fondo, cerrada herméticamente, daba a una calle solitaria; y, por los cris-

tales del montante, entraron los pálidos reflejos de una lejana farola que iluminaba la bayoneta del centinela. Poco a poco, fuéronse aclarando, a nuestra vista, los objetos como si renacieran de la borrasca; y observé a Madero que dormía un sueño dulce, reposando en el alma de Gustavo. Respiraba con la fuerza de unos pulmones hechos para la vida sana y larga y en su disfraz morisco, entre las sombras pavorosas de la noche y el brillo de la bayoneta, que anticipaba la aureola del inmediato martirio, acaso trasportábase al teatro de sus hazañas de héroe. Intenté adivinar el torbellino de su mente; y escuchaba el vocerío de las triunfadoras huestes de Ciudad Juárez que le piden la cabeza del general Navarro, su prisionero; y, en la obscuridad que sirve de cómplice a su corazón magnánimo, lo veo como sustrae de los verdugos al reo; y cómo, vencedor y vencido, en un automóvil, veloz como el viento, se internan en el bosque y ganan la orilla del Río Bravo y saltan sobre el dorado musgo. Es el primer acto del régimen inverso al de Porfirio. Y, después de estrecharse las manos, el viejo Navarro atraviesa a nado, las aguas rizadas y desde la orilla opuesta, ya en territorio americano, da las gracias agitando su pañuelo.... Madero vuelve a vivir su gloria y sonríe bajo el sudario de Gustavo.

Pino Suárez, duerme sentado en el sofá, abrigándose con una colcha gris. Ambas manos, descarnadas, sujetan sus bordes, sobre el pecho, y las piernas, caídas sobre la alfombra, ensayan la rigidez de la muerte. La cabeza reclinada sobre el hombro flaco, en desorden los cabellos, afilada la nariz, transparente la mejilla, rendidos los párpados, dá frío contemplarlo. Por la boca entreabierta, escapa suave, fino, el resuello; y, a veces, contrae los labios como secando con un beso las lágrimas de sus tiernos hijos, que habían comenzado a ser huérfanos. Despertó a la incipiente claridad de la madrugada y, enderezándose, díjome, muy quedo para no importunar el sueño de su amigo:—"¿No ha dormido usted? Es una noche helada, ¿verdad? ¿Ha oído usted el ruido constan-